

sobre el sepulcro de los escogidos. Venerando como era debido los arcanos de la eternidad, pudimos entrever, digámoslo así, el esplendor de la gloria por entre las sombras de la muerte. Nuestra memoria pareció recoger momentáneamente tantos y tantos rasgos de alta virtud como habíamos admirado en su vida: nuestra imaginación parecía que, animando aquel cadáver, nos mostraba al ILLMO. SR. PORTUGAL en el curso laborioso de sus tareas apostólicas. Aquellos labios que acababan de cerrarse para siempre, se habían abierto muchas veces ó delante de las turbas para sosegar el ímpetu de las pasiones políticas, ó en el pueblo de los sencillos y pequeños, para evangelizarlos en el nombre de Jesucristo. De ellos se desprendían con harta frecuencia muy sublimes discursos aun en el seno de la conversación privada. Recordábamos que para aquel digno discípulo de los Gerónimos y de los Ambrosios, se disipaban las sombras de la muerte ante las páginas de los libros santos, y el sepulcro perdía sus alarmas ante las augustas y consoladoras promesas de la religión católica. Innumerables veces le habíamos escuchado: una larga carrera de desengaños y dolores le había hecho familiar el pensamiento de la muerte. Experimentaba cierta especie de complacencia en discurrir delante de nosotros sobre este último desenlace de la escena de la vida humana; y no parece sino que había descubierto el antídoto para calmar sus dolencias con solo hablar de la eternidad inspirado por la religión.

Todo correspondió á estos preparativos. Escrito está, que la muerte será como la vida: natural era pues que muriera en el ósculo del Dios de la paz quien había vivido en la constante abnegación, sosteniendo con el heroísmo de la fe la empeñada y tremenda lucha que suscitan contra

ella los enemigos de nuestras almas. La paz interior de la suya progresaba de continuo á medida que se acercaba su muerte. Su semblante era apacible; suave y al mismo tiempo grave era su recogimiento, dulce la expresión de sus miradas, reposada su agonía, edificante y consolador su tránsito á la eternidad. Pagando el tributo debido á la naturaleza consternada, sentimos todos los concurrentes el consuelo que produce la religión con la muerte de los justos.

Entretanto, los Señores Comisionados, atentos á llenar su triste deber, cumpliendo del modo mas exacto con todas las ritualidades prescritas para el caso, mandaron que el cuerpo del ILLMO. SR. PORTUGAL fuese reconocido por el médico. Lo verificó así el Sr. Dr. D. Juan Macousset con todo el esmero, delicadeza y escrupulosidad que podían apetecerse; y habiendo asegurado estar verdaderamente muerto, resolvieron aquellos señores hacer anunciar al público el fallecimiento de *su dignísimo Prelado*, para que se procediese luego al toque de *Vacante*.

Cerca de las tres de la mañana, después de haberse dado el último toque de agonía, como los anteriores, con quince golpes pausados con la campana mayor y dos ruedas de plegaria, se dió con todas las esquilas un solemne clamor, que correspondido por todos los demás templos, avisó á los vecinos que sus ruegos y oraciones desde aquella hora debían convertirse en sufragios por el descanso eterno del alma de su PASTOR. Comenzó luego á tocarse la *Vacante*, que por antigua costumbre de esta Santa Iglesia es de cien campanadas, y dió principio el luto tan temido de esta inconsolable y numerosa grei.

No es para explicado y descrito, sino mas bien para visto y sentido, el efecto que produjo la triste y dolorosa nueva en todos los habitantes de esta ciudad. Nada es compa-

rable á la consternacion que siente un pueblo cristiano cuando pierde un PASTOR en quien ántes pusiera su esperanza, su consuelo y sus goces. La desaparicion de un *Prelado* de esta gerarquía se ha visto siempre y con justicia como una especie de calamidad pública: porque al fin la religion, cuyo poder es infinito sobre la naturaleza, comunica siempre al episcopado una paternidad mas fecunda en beneficios, mas pura en afectos, mas gravemente tierna en emociones, mas universalmente expansiva en sentimientos. ¿Qué será pues, cuando á estos títulos radicales, concomitantes de la dignidad y consiguientes á la elevada mision del episcopado, han venido á juntarse esos realces exquisitos que las cualidades del espíritu, las prendas del corazon, los mas felices atributos del carácter dan á las altas condecoraciones de la Iglesia? Sea dicho en debido tributo al mérito y en honor de la verdad: el ILUSTRE PRELADO que hemos perdido vivió *solo para su grei en el nombre de Dios*. No era pues extraño que la grei consternada recogiera sus dignos sentimientos, para concentrarlos todos en el *Venerable y querido cadáver de su PASTOR*. ¿Qué tiene pues de extraordinario, que todo un pueblo, herido súbitamente por la nueva mas terrible que pudiera conmoverle, saliese de sí mismo, por explicarnos de esta suerte, dando con su luto un espectáculo doloroso á par que el objeto funestísimo que lo habia ocasionado. En el silencio mismo de la noche, y á pesar de que la hora no lo permitia, muchas personas, los pobres principalmente, sin ser parte á contener los movimientos de su dolor, salieron con violencia de sus casas á cerciorarse por sí mismos de un acontecimiento que no atinaban á creer, por haber tenido mui arraigada en su alma la esperanza de que sus ruegos serian atendidos con la prolongacion de la vida

de un padre tan tierno y tan benéfico. Mas cuando la triste realidad vino á producir el completo desengaño, se abandonaron todos al impulso de su dolor. Cada uno veia en la muerte de aquel PRELADO una pérdida personalísima de inapreciable cuantía para sus goces y para sus esperanzas. Era el SR. PORTUGAL apellidado por excelencia *EL PADRE DE LOS POBRES, el apoyo de los huérfanos, el consuelo de la humanidad atribulada*; y bajo este carácter el sentimiento de su muerte, como ántes deciamos, sobrepuja con mucho á los recursos de la palabra. Cada uno podrá figurarse lo que sucedería entónces, porque nadie ignora lo que fué para su rebaño *el solícito y amable PASTOR* que ha perdido la Santa Iglesia de Michoacan. Pero volvamos al asunto.

Dejó mandado el ILLMO. SR. OBISPO, que no se permitiese embalsamar su cadáver, operacion que resistia su pudor humilde hasta en una época en que ya no podia ser árbitro de su cuerpo; mas no por esto prohibió ninguna de las otras solemnidades con que la Santa Iglesia tiene costumbre de honrar el funeral de sus Obispos. Siempre discreto, tenia mucho esmero en separar lo que la humildad podia hacer, tratándose de lo puramente privado y personal, de lo que la modestia no debia impedir en orden á lo que reclaman la razon de estado, el decoro de la Iglesia y la alta dignidad del pontificado. Siendo pues indispensable suplir de algun modo aquella operacion, para que el respetable cadáver pudiera estar expuesto sin inconveniente, por el tiempo asignado, á la expectacion pública, el hábil facultativo apuró los recursos del arte, y ya por este medio facilitó lo que se deseaba, y pudo diferirse hasta el dia 6 el funeral, y arreglarse oportunamente cuanto podia conducir al íntegro

verificativo de los honores y sufragios que se hacen á los *Obispos* durante la exposicion pública de sus cadáveres.

Interin el M. Illtre. y V. Cabildo dictaba las providencias consiguientes á este lamentable sucesos, que oficialmente le fué comunicadò por los Señores Comisarios, se desocupò el salon principal del Palacio episcopal, donde habia de exponerse á la expectacion pública de los fieles el cadáver de su PASTOR, y celebrarse las misas cantadas y rezadas de *Requiem* prescritas por el ceremonial de los Obispos para estos casos; y se compuso y revistió con esmero y reverencia el cuerpo del ILLMO. PRELADO por personas de su misma familia, segun S. S. Illma. se habia servido indicarlo.

El Sr. Dean, luego que recibió la comunicacion referida; dió sus órdenes para que se suspendiesen los toques de las campanas durante el de la *Vacante*, y mandó citar á Cabildo extraordinario, como lo pedian las circunstancias del caso. Reunidos todos los Señores Capitulares ántes de la hora de tercia, se tomó en consideracion la nota en que los Señores Comisarios comunicaban el funesto acontecimiento, y penetrados SS. SS. del mas profundo pesar, acordaron y dispusieron, entre otras cosas relativas á la vacante, se hiciese el funeral del Illmo. y Exmo. Prelado difunto de la manera mas suntuosa y correspondiente á su elevado mérito, con arreglo al ceremonial de Obispos, Ereccion, usos y costumbres de esta Santa Iglesia. Se designó la mañana del dia 6 para el entierro á la hora acostumbrada. Obsequiando, aunque con dolor, la respetable voluntad del dignísimo Prelado, se mandó abrir un sepulcro decente de piedra frente al altar de los Santos Reyes, y se facultó plenamente á los mismos Señores Comisionados para que dispusiesen, arreglasen y resolviesen todo lo relativo á este funeral.

Estos Señores, se dedicaron sin pérdida de tiempo á

proveer cuanto al objeto conducia, y de acuerdo con los Señores Chantre y Tesorero en lo relativo á sus oficios, expidieron las órdenes correspondientes para que desde luego se manifestase el luto de la Iglesia, y se procediese á la exposicion del venerable cadáver en la forma prevenida, y pusieron las respectivas comunicaciones al Exmo. Sr. Gobernador del Estado, al Exmo. Consejo, al H. Congreso, al Supremo Tribunal de justicia, al Sr. Comandante general, al Sr. Prefecto, al M. I. Ayuntamiento y demas autoridades y corporaciones civiles de la ciudad á quienes debia participarse el fallecimiento del Illmo. Prelado, así como tambien á los Prelados regulares, á los Rectores de colegios y á todas las autoridades elesiásticas que debian asistir á la solemnidad fúnebre. Dispusieron así mismo se imprimiesen y repartiesen en la capital y fuera de ella las cartas de estilo comunicando la muerte del Prelado y el dia de su funeral; expidieron el edictillo de costumbre citando á todo el V. Clero de la ciudad, á todas las cofradías, terceros órdenes y hermandades piadosas, y excitando á todos á hacer los sufragios que les correspondian; y por último, se dedicaron á recibir las visitas de pésame y á dictar sucesivamente todas las providencias concernientes á la expedicion y arreglo de la funcion fúnebre, continuando en el Palacio su constante asistencia, que habia dado principio inmediatamente despues del Sagrado Viático, hasta concluir los dolorosos oficios de su comision.

Cerca del medio dia se acabó de tocar la *Vacante*, y luego en seguida comenzaron los dobles de la Catedral, acompañados con los de todos los templos y capillas de la ciudad; y desde aquella hora en que se habia concluido ya el fúnebre aparato de la exposicion, se dió entrada libre á toda clase de personas. El Palacio estaba con sus oficinas ce-

rradas, á excepcion de la Secretaría de gobierno, que se dejó entreabierta, por el activo despacho que fué necesario mantener en corriente en este tiempo casi todo el dia, con el objeto de atender á las necesidades que frecuentemente ocurrían con motivo de la invasion de la desastrosa epidemia del *cólera morbus*, que en esos dias se propagaba rápidamente por diversos puntos del obispado.

Las colgaduras de luto puestas desde la entrada de la calle hasta la del salon principal indicaban á los concurrentes la direccion que debían de tomar para ver á su difunto Prelado. En la cabecera del salon bajo de un decente dosel de terciopelo morado, adornado con franjas, flecos y borlas de oro, estaba el respetable cadáver ya revestido de los ornamentos sacerdotales y pontificales, colocado sobre un lecho cubierto con rico telliz del mismo color, con mitra preciosa en la cabeza, descansando esta en un cogen de terciopelo morado, abiertos los brazos y puestas las manos sobre otros cogines iguales á una altura proporcionada para que los fieles pudieran besarlas. Tenia colocada sobre el pecho una cruz mediana de ébano con la imagen de N. S. Jesucristo esculpida en ella, á los piés el sombrero con las patriarcales, y un poco adelante el genuflexorio con las insignias pontificales, incensario, agua bendita &c.

En los lados del salon estaban distribuidos cuatro altares con paramentos negros para las misas rezadas, y en el centro el altar principal mas decente para las cantadas. Cerca del cadáver, y sin impedir el acercarse á él, habia seis candeleros con velas gruesas, y cuatro blandones con hachas que ardian á todas horas del dia y de la noche. Dentro del salon, entapizado todo de luto, permanecían de guardia dos familiares eclesiásticos, y en la sala anterior dos empleados de las oficinas.

Desde el momento en que los fieles tuvieron libre entrada hasta el lugar de la exposicion, ninguno se conformaba con ver de léjos el venerable cuerpo de su Prelado; todos se acercaban á tributarle aquellos homenajes que les iba sugiriendo su piedad: y sin embargo de que se estableció un órden fijo para que á proporcion que unos entraban, saliesen otros sin detenerse ni estorbarse, y de haberse conservado este órden con el auxilio de la doble guardia de tropa que franqueó la autoridad respectiva, no llegó á desahogarse el Palacio, ni aun entrada ya la noche: fué preciso cerrar la puerta de la calle por un tiempo considerable para suspender la exposicion, y todavía despues hubo necesidad de estar dejando entrar sucesivamente á várias familias particulares.

En la noche velaron el cadáver, alternándose, las comunidades religiosas de la capital, quienes ocurrieron sin demora y con la mejor disposicion luego que se les citó á desempeñar tan honrosos oficios.

En la mañana siguiente, comenzaron las misas rezadas en los altares laterales. A las seis salió de la Catedral procesionalmente el V. Cabildo con todo el acompañamiento del coro y ministros de la Iglesia hasta el Palacio. Entrando inmediatamente al salon, cantó en el altar principal la primera misa solemne de *Requiem*, en seguida un responso, y se volvió en la misma forma que habia venido. Siguiéron luego las comunidades religiosas, segun sus turnos, cantando las demas misas solemnes, viniendo y volviéndose en procesion, ocupándose al efecto las horas hábiles de este dia y el siguiente.

A la hora señalada para dar principio á la solemnidad del entierro, se habian ya reunido en el Palacio todas las autoridades, corporaciones y particulares que debían for-

mar la procesion. Las calles que esta habia de recorrer se hallaban cuidadosamente aseadas y adornadas, en la mayor parte con colgaduras de duelo. En la primera esquina del Seminario, pasando de la calle del Reloj á la del Estudiante, por fuera de los portales de Hidalgo, Matamoros, Allende y Aldama, y cerca del Sagrario, estaban preparados trenes decentes y con sus correspondientes doseles para las seis posas de costumbre. Pasó el Venerable Cabildo de la Catedral al Palacio con todo el acompañamiento respectivo en forma de riguroso duelo, y habiéndose cantado un solemne responso, se ordenó la procesion fúnebre en la forma siguiente.

Iban delante los pueblos suburbanos colocados segun su antigüedad; seguian las cofradías de la capital, bajo sus insignias y tambien en su orden respectivo; luego el Tercer Orden de San Francisco, el colegio de San Nicolas de Hidalgo y muchas personas particulares y condecoradas: continuaban la procesion las comunidades religiosas de la Merced, el Carmen, San Agustin, San Diego y San Francisco, el clero secular, el colegio de Infantes, el cuerpo de capilla de Catedral, los párrocos, los prelados, todos con luces en la mano, y la cerraba el M. I. y V. Sr. Dean y Cabildo, en cuyo centro se veia el insigne Prelado difunto, objeto de esta pompa fúnebre, colocado en un féretro mui decente, revestido de pontifical y con los brazos cruzados en ademán de abrazar la santa cruz que llevaba en el pecho. Cuatro eclesiásticos familiares portaban las insignias pontificales inmediatamente delante del cadáver, y por detras le acompañaba la Curia Eclesiástica, compuesta de los funcionarios y empleados en el Gobierno Diocesano, Provisorato y Juzgado de Testamentos, llevando delante dos empleados la tapa del féretro. Seguia luego bajo las

mazas del M. I. Ayuntamiento el numeroso cuerpo de duelo, formado de todo el colegio Seminario arrastrando beca, várias personas principales que habian sido familiares de S. S. Illma., una comision del Supremo Tribunal de Justicia del Estado, los Señores Comisionados, incorporados todos con el I. Ayuntamiento, cuyo presidente cerraba toda la corporacion. Marchaba detras en forma de luto la correspondiente tropa, y seguia al fin una brillante estufa enlutada con fino gusto y elegancia en lugar del coche de S. S. Illma. acompañada de otros muchos coches de duelo pertenecientes á familias principales de la ciudad.

En este orden, cargado el cadáver por los mismos Señores Capitulares desde el salon hasta el principio de la escalera, y desde allí hasta colocarse en la tumba por los Religiosos de las espresadas comunidades, alternándose en cada posa, se dirigió la procesion en medio de una numerosísima concurrencia del Palacio al frente de Catedral, por las calles del Reloj y del Estudiante, volvió á la derecha rodeando la plaza de armas por fuera de los portales, siguió por detras de Catedral hasta tomar el lado del cementerio que mira á la plazuela de San Juan de Dios, continuando por fuera del mismo cementerio hasta la puerta principal, cantándose los salmos de costumbre y un solemne responso en cada posa.

Habiendo entrado la procesion á la Catedral por la puerta mayor, se colocó el respetabilísimo cadáver sobre un suntuoso túmulo que estaba preparado bajo la cúpula. En las cuatro esquinas de la primera grada se pusieron en pié cuatro eclesiásticos con las insignias episcopales, y en los lados las guardias de granaderos. Todas las autoridades, corporaciones y particulares tomaron sus asientos, y en seguida se cantó una solemnísimá vigilia, concluida la cual, salió la